

Hilar, tejer y remendar:
Prácticas de resistencia dentro de una domesticidad que sumerge

Trabajo de grado presentado por:
MARÍA ALEJANDRA LÓPEZ SIERRA

Directora:
MARGARITA LEONOR CUÉLLAR BARONA

Programa de Sociología
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales Universidad Icesi

Santiago de Cali
2020

Introducción:

1. Sumergirse en lo cotidiano:

Cuando llegué a la electiva “La aguja subversiva” por primera vez en el 2018, todo parecía inadvertido: tejido y bordado durante la clase, literatura sobre el quehacer textil y la construcción de la feminidad. En medio de las discusiones que se generaban, y lo que yo vivía junto con mis compañeros y compañeras, me vi a mí misma llena de preguntas, con mucho más apetito sobre este tema. De verdad no entendía cómo podía sentirme tan cercana a todo este mundo cuando jamás en mi vida había cogido una aguja y un hilo. ¿Cómo así que yo podía entender el lenguaje de los implementos usados para este quehacer? ¿Cómo podía entender el nombre de las puntadas que Margarita, la profesora, nombraba? Sentí que estaba escuchando cualquier conversación de la casa donde me crie, la casa de mi abuela materna. No entendía cómo lo que me estaba llenando de curiosidad estuviera presente en aquella casa, siempre ante mis ojos.

No sabía cómo hacer etnografía en mi casa y sabía que sería un gran reto. Empecé por sentarme al lado de mi abuela mientras ella hacía sonar la máquina de coser con el pedal. Le pregunté cómo había llegado a eso, como había sido su historia. Se quitó el metro de alrededor del cuello y lo puso sobre la mesa. Me miró y sonriendo me dijo que sabía que algún día alguno de sus cinco nietos se lo preguntaría. Escuchar sobre el pasado reciente que se oculta en una mirada aguada, unas manos inquietas, muchas arrugas y en algunos cajones llenos de fotos ha sido lo que ha tenido que ser: una experiencia inolvidable. Volver al pasado para contarse ha sido el ejercicio retardado de una recopilación de historias y experiencias que habían estado esperando unos oídos para ser escuchadas. Empezó a contarme que, desde muy pequeña, su prima le había enseñado a coser y a bordar y que desde ese entonces había estado sumergida de diferentes maneras en estos oficios.

Se abrieron caminos hacia la búsqueda de una historia cercana que había parecido ajena: Mi abuela ya me contaba algunas de sus historias desde hacía tiempo y yo sabía medianamente algo de su pasado. El estudio de estos procesos significó intentar mirar con otros ojos aquello que me parecía cotidiano, de hecho, entre más cotidiano más lo cuestionaba. Así, poco a poco, se fue construyendo la idea de hacer este proyecto con mi abuela, de su quehacer textil a través de los años, de la búsqueda de su identidad como mujer y construcción de la feminidad a través de la costura estando inmersa en un contexto doméstico.

Por otro lado, también quise hacer un recuento de la etapa en la que se desempeñó como obrera de Fabricato. Mientras la escuchaba y observaba, fui percibiendo que su trabajo, sus oficios, su quehacer, el relato sobre sí misma, sus recuerdos, sus emociones, sus sueños y la manera en que las narraba, eran de alguna manera, propias de una mujer que había saboreado la independencia. Una mujer campesina con necesidades económicas, que aprendió a valerse

por sí misma desde muy joven. Una mujer que soñaba con ser “mujer de ciudad” y encontrar un lugar en el mundo donde pudiera hacer su hogar y dedicarse a la costura.

Esta investigación relaciona mi propia socialización y las formas en las que he aprendido a convivir teniendo como referente a mi abuela con su quehacer textil. Mi propio lugar de enunciación aparece de forma generalizada, cuestionando mi ejercicio etnográfico y mis propias lecturas, percepciones, ideas y preguntas. El ejercicio me plantea un gran reto ya que debo desnaturalizar un espacio en el que he estado inmersa toda mi vida. Un espacio donde todo lo que ocurre es debido a que existe una estrecha relación con el pasado y una memoria que sigue latente a través del tiempo en medio de un quehacer textil recreativo que se liga a otras aspiraciones de la feminidad (Chocontá Piraquive, 2018).

Haciendo uso del concepto de sujeto posicionado de Renato Ronaldo (2010: 28), realicé una continua reflexión acerca de mi propia experiencia como estudiante de sociología, pero también como nieta. En esta clase, pretendí construir un texto que hiciera justicia a esa experiencia de investigar en un contexto cercano al mío, siendo elocuente con mi propio tacto y el objetivo mismo de producir un texto tranquilo, cercano, que emocionalmente dijera algo también.

El proceso etnográfico que he realizado comprende varios aspectos de la vida de mi abuela. Por una parte, quise nombrar su etapa dentro de Fabricato, ya que considero que la marcó como mujer y como trabajadora. De otro lado, quise explorar su vida una vez llega a Palmira y conforma un hogar, que la sumerge en un contexto doméstico donde el quehacer textil cumple un papel liberador. Por esto mi propuesta metodológica principal se basa en la observación, la descripción y el análisis de la narración de su quehacer cotidiano. Durante mi investigación observé los movimientos de la casa de mi abuela, los espacios de aquella casa en los que las labores domésticas y de cuidado son protagonistas, pero también lo son los espacios en donde suele realizar constantemente sus quehaceres textiles. Viví también momentos en donde mi mamá y mi tío se sentaban con nosotras a recordar experiencias de cómo era la cotidianidad de mi abuela cuando ellos eran pequeños, como era su relación con la costura y su papel de madre, esposa y cuidadora de la casa.

Durante varios fines de semana viajé a Palmira y acompañé a mi abuela a hacer sus toallas bordadas en cinta que es a lo que se dedica actualmente, la acompañé a cocinar y también a lavar ropa. He de confesar que: en varios momentos mientras la acompañaba en estas labores, sentí una sensación extraña en mi cuerpo, como si este tipo de acciones de alguna manera fueran ajenas a mí, aun sabiendo que había crecido viendo a mi abuela hacerlas a diario. Aunque en mi crianza nunca me exigieron realizar estas labores empecé a hacerlas en compañía de ella durante el tiempo que estábamos juntas, puesto que hacían parte de mi trabajo etnográfico y me ayudarían a entender muchas cosas de su relato y de su experiencia, como el hecho de preguntarme por qué a ella le habían exigido aprender a realizar labores que a mí no.

Así mismo me propuse realizarle entrevistas en momentos en que ella me enseñaba algunas puntadas y me iniciaba en el mundo del bordado. En este espacio me pude conectar mucho más a profundidad con el quehacer textil y con mi abuela, ya que mientras ella bordaba sus

toallas o remendaba alguna prenda rota de la casa, yo observaba con cuidado su corporalidad mientras escuchaba su historia. Mientras esto pasaba, indagué por su trayectoria: sus primeros recuerdos, su infancia, la historia de su familia en Bello, su vida en el pueblo, su ocio, sus oficios, sus trabajos en Fabricato, sus gustos, el momento de viajar a Palmira, la vida después de que llegó, los nuevos quehaceres, la experiencia con la nueva gente, la nueva cultura, el barrio donde se radicó, la conformación de otro hogar, los hijos, el marido, los cambios y su ideal de sí misma, su futuro, sus sueños y sus sentimientos sobre el presente.

La estructura definida para contemplar los resultados de la investigación se constituye a partir de dos partes. En la primera de ellas hago una exploración de la historia familiar de mi abuela, su proveniencia, su infancia y adolescencia en el campo, al igual que su experiencia dentro de Fabricato. El objetivo de esta parte es conocer cómo influyó su crianza y su paso por Fabricato en su relación con lo textil, lo doméstico y construcción como mujer.

La segunda y última parte, retoma las experiencias después de dejar la fábrica, su llegada a Palmira y el recuento sobre su vida doméstica y su nueva relación con los oficios textiles. Se explora una cotidianidad más cercana al presente como su vida en la casa, la privacidad en la que ha desarrollado sus oficios a lo largo de los años, al igual que se analiza cómo el quehacer textil ha sido una herramienta liberadora dentro de este proceso de construcción de su identidad y de su feminidad.

Del campo a la fábrica:

Siempre me gustó escuchar las historias de mi abuela sobre su niñez y adolescencia en el campo. Solía imaginarme todo lo que estaba escuchando en blanco y negro, como si se tratara de una película antigua, como si pudiera verlo todo desde lejos pero con mucho detalle. Los caballos o “las bestias”, como ella suele decirles, siempre hacen parte de su relato porque se crio en medio de animales y potreros que describe como extensos y verdes, donde muy pocas veces podía jugar porque como mujer debía quedarse en la casa con su hermana ayudando al quehacer doméstico.

Una de esas tardes en las que estábamos solas, mientras me disponía a escucharla con una libreta en las manos donde apuntaba datos que me llamaban la atención, tomamos café con ese pan Royal de la panadería del frente que tanto le gusta a ella y que no puede faltar en la tarde en su casa. Nos sentamos en el cuarto donde tiene su máquina de coser (su lugar favorito), y empezó a contarme una historia que yo ya había escuchado en algún momento atrás, solo que esta vez la narró con mucho más detalle y emoción porque sabía que me importaba, porque sabía que en ese momento ella era la protagonista.

Nací el 13 de noviembre de 1929, en el propio pueblo de Yolombó, en Antioquia. Mi papá murió cuando yo era muy pequeña pero mientras vivió trabajó en una finca de las de por ahí a la salida del

pueblo. Éramos tres, yo soy la segunda de dos mujeres y un hombre, el menor. Mi hermano trabajó toda la adolescencia en la finca en la que trabajó mi papá, luego de su muerte. Mi hermana Carola y yo nos quedábamos en la casa ayudando a mi mamá y aprendiendo a coser y a bordar con una prima mayor que iba y nos enseñaba. Me acuerdo que la primera cosita que hice sola fue como a los ocho años porque solo fuimos a la escuela un año. En ese tiempo la plata no alcanzaba para todo, con lo que ganaba Alfonso en la finca y con lo que lavaba ajeno mi mamá, nos levantamos todos. (Margarita Valencia, 2019).

Mi abuela creció en una familia que priorizó el trabajo y la subsistencia del hogar, antes que nada. No recuerda cuántos años tenía cuando realizó sus primeras labores desde la casa, a través de la costura y el remiendo. Es una mujer que desde la infancia y debido a su crianza, supo cuál era su rol como mujer, el que por la época era claramente delimitado por la sociedad, por ello, era usual que le dijeran qué era lo que una señorita de bien debía o no hacer. Sin embargo, mi abuela, soñaba con algo más, y por eso nunca tuvo limitantes para cambiar su contexto, pese a lo que mi bisabuela pensara al respecto: “mi mamá nos decía a Carola y a mí que nos esmeráramos en aprender a coser para que el día de mañana le cosiéramos al esposo, a los hijos y hasta a ajenos para ganarnos unos pesitos” (Margarita Valencia, 2019).

Su vida laboral empezó en la intimidad de su hogar y a muy temprana edad, ya que desde muy pequeña le asignaron responsabilidades: “mi mamá nos enseñó fue a trabajar y no a estudiar”. Por ejemplo, narra que le ayudaba a lavar ropa ajena, a planchar, tejía con su hermana Carola carpeticas para venderlas y a veces remendaban ropa de las casas vecinas, para así obtener algunos ingresos para contribuir con el sostenimiento de la casa.

Y es que por aquella época de la historia del país, 1930-1957, las mujeres tuvieron un gran protagonismo, por tanto, temas tales como, la unidad de reproducción doméstica, el impacto del capitalismo en el agro, la forma como afectó al trabajo femenino y su papel en la familia, así como la incorporación de la mujer a la industria y su posición subordinada en la jerarquización laboral, tuvieron un avance acelerado, lo que ha sido destacado por diversos autores (Luna, 1985).

Uno de los primeros aprendizajes que recuerda mi abuela, es justamente el de la costura, pues al trasladarse a vivir con su madrina de bautizo a Yalí, un pueblo cercano a Yolombó, tuvo la oportunidad de aprender con la hija de aquella, la forma de hacer algunos bordados a mano.

De toda esta secuencia de experiencias, puede destacarse una forma especial de articular la propia intimidad de mi abuela como mujer, en tanto que en aquella época las mujeres como ella, realizaban acciones al interior de su hogar, las que no se diferenciaban unas de otras, es decir, podían en su cotidianidad encargarse de labores de tejido o de bordado, y al mismo tiempo, quehaceres hogareños como el lavado, y a partir de ahí el desarrollo de la producción de su propia vida. Aprendió desde muy pequeña que debía laborar para conseguir su sustento y el de su familia, pues su madre les asignó responsabilidades tanto del hogar como para la

consecución de los recursos económicos necesarios para el sostenimiento familiar. En aquella época la niñez era considerada una mini-adulthood (Rodríguez, 2004), en virtud, precisamente de la delegación de responsabilidades económicas desde muy temprana edad.

Aunque a mi abuela nunca le gustó la vida del campo, cuenta que todo era mucho más sencillo que la vida en la ciudad ya que el campo en aquella época, para bien o para mal, era un escenario que garantizaba algunas seguridades: tener hijos, aseguraba mano de obra, división del trabajo y también posibilidades de vinculación con otras familias; así mismo no tener la alimentación asegurada no era una amenaza tajante. Este sentimiento era propio de la época, pues si bien la suerte de la precariedad acompañó a gran parte de las familias colombianas, las relaciones vecinales dentro de la ruralidad aseguraban gran parte del sustento diario (Rodríguez, 2004).

A los 18 años, después de que su hermana mayor se casara y toda la responsabilidad del hogar recayera sobre ella, mi abuela decide buscar nuevas alternativas para mejorar su economía. Así pues, se muda a vivir a Bello, cerca de Medellín, ciudad capital de Antioquia, en donde empieza a buscar trabajo.

En aquel entonces, Fabricato, una pujante empresa textilera, estaba reclutando mujeres para la sección de telares, donde mi abuela no solo vio una gran oportunidad laboral, sino que además sentía que era un gran honor hacer parte de ese grupo selecto de mujeres que se atrevían a realizar otras labores fuera del hogar.

Fabricato, fue creada en febrero de 1920 por tres familias representantes de la burguesía de la industria colombiana en el siglo XX, que llamaron Fábrica de Hilados y Tejidos del Hato, con el objetivo de producir telas teñidas, satinadas y de algodón, empezando a funcionar en agosto de 1923; en febrero de este año, cumplió 100 años de funcionamiento. (El Espectador-22 febrero de 2020). La compañía construyó su planta de producción en el Barrio Manchester en el Municipio de Bello.

Dicha empresa, reunía los elementos más característicos de la industria textilera antioqueña, pasando por varias etapas a través del tiempo con sus trabajadoras donde elaboraba diferentes estrategias dirigidas al personal femenino que contemplan no solo su papel dentro de la empresa sino también su vida personal y familiar (Arango, 1991). Muchas de estas mujeres, desde muy jóvenes, pasaron de la vida doméstica en sus núcleos familiares tradicionales, a ser obreras de esta industria, una de las más prósperas del sector textil en Colombia. A su vez, varias investigaciones también señalan cómo estas mujeres eran formadas en valores católicos y de disciplina, y también cómo se alejan por primera vez de la dependencia económica de sus familias para convertirse en sus proveedoras.

En el caso de mi abuela, cuando apenas contaba con 18 años de edad, fue entrevistada y seleccionada en dicha fábrica con facilidad, debido a que no se requería de experiencia previa. Sin embargo, en aquella época, la mayoría de edad que se alcanzaba con 21 años, era requisito para ingresar a trabajar, por lo que debió contar con una autorización especial de la

Oficina seccional del Trabajo. Una vez se convirtió en obrera de Fabricato, empezó a ser la principal proveedora de su hogar, y aunque el salario que recibía no era abundante, era destinado casi en su totalidad para pagar los gastos y deudas de la familia.

Esta transición de la mujer, del hogar a la industria, se dio en parte, debido a la necesidad y carencia de un hombre que fuera el principal proveedor del hogar (Scott, 1993), siendo el área textil, la que permite su desempeño laboral, en actividades diferentes a las de ama de casa.

La fábrica era grande, tenía varias divisiones, telares (donde trabajaba), tintorería y la parte de los hilares. Los turnos eran larguísimos y yo terminaba muy cansada porque las máquinas trabajaban con el movimiento de los brazos de uno. La verdad es que nos pagaban muy poco para tener que trabajar tanto, pero yo me conformaba porque dónde más iba a conseguir trabajo en lo que más o menos sé hacer (Margarita Valencia, 2019).

Muchas de estas mujeres, desde muy jóvenes, pasaron de la vida doméstica en sus núcleos familiares tradicionales, a ser obreras de esta industria, una de las más prósperas del sector textil en Colombia. A su vez, Arango (1991) también señala cómo estas mujeres son formadas con valores católicos y de disciplina, pero al mismo tiempo destaca que ellas se alejan por primera vez de la dependencia económica de sus familias para convertirse en sus proveedoras.

Como lo manifiesta mi abuela, su vida en aquel entonces giraba en torno a la fábrica, pues debía cumplir con extensas jornadas, lo que implicaba la privación del desarrollo de otras actividades sociales o lúdicas, al punto, según ella, de que no tenía tiempo para tener una pareja o hacer amigos por fuera de la empresa.

Sobre este punto, Arango (1991) manifiesta que la mayoría de estas obreras solían renunciar a cualquier alternativa independiente, incluso muchas rechazan pretendientes y propuestas matrimoniales pues su prioridad en aquel entonces eran sus hogares. No obstante, aunque ellas mismas expresaban su condición de ser “los hombres de la casa” puesto que desempeñaban un papel de proveedoras que es principalmente asignado al hombre, no adquieren por lo tanto la autoridad que este rol confiere a los hombres y mucho menos una independencia total, pero si un grado de independencia que no tenían las mujeres que estaban inmersas en la domesticidad del hogar.

Con ese sueldito también me daba mis gustos. A veces me iba a tomar algo en el pueblo y a comprar telas para mandarme a hacer modas que ya tenía vistas, incluso el primer año trabajando allá me compré una máquina de bordar de pedales de marca Singer para trabajar también en la casa y así poco a poco me iba comprando cositas a medida que me iba antojando (Margarita Valencia, 2019).

El tiempo pasó y las aspiraciones de mi abuela, fueron otras. Y es que, en aquel entonces a partir de determinada edad era importante empezar a “realizarse como mujer”, actividades

tales, como casarse, tener hijos y dedicarse por completo al cuidado del hogar, debían hacerse a temprana edad, y en el caso de ella, de acuerdo con la creencia de la sociedad, ya era tarde para realizarlas. Por ello, después de laborar por espacio de cinco años dentro de la fábrica, debió cambiar por completo sus prioridades, las que, ya no eran su hogar de iniciación, sino su realización como mujer, de acuerdo con el concepto que, como tal, se tenía por aquel entonces.

Le pregunté a mi abuela qué había cambiado específicamente durante ese tiempo de labor en Fabricato y ella con los ojos brillosos me respondió: “la fábrica me dio libertad”. La etapa que vivió la destacó en su narración: “quería cosas nuevas a las que ya estaba acostumbrada, soñaba con irme lejos algún día, lejos de Antioquia, casarme, tener hijos, coser en una casa propia donde pudiera estar tranquila todos los días, ya no ese agite de la fábrica, ya no esa vida del campo, soñaba con ser una “mujer de ciudad” (Margarita Valencia, 2019).

A finales de 1952 mi abuela renunció a Fabricato después de cinco años de servicio, se dedicó por un tiempo a coser prendas de vestir para amigas residentes en Bello, luego de tomar un curso de modistería en Medellín, pero luego de un tiempo, y después de una decepción amorosa, quiso de una vez por todas cambiar de sitio. Decidió aceptar la propuesta de Maruja, una prima mayor, quien le ofreció que se fuera a vivir con ella por un tiempo a Palmira (Valle del Cauca) para encontrar esos nuevos aires y oportunidades que estaba buscando.

Al principio a mí me daba miedo, y más que mi mamá, Carola y Alfonso no querían que yo me viniera para acá. Yo me acuerdo empacando las cosas que iba a traer. Ellos me decían que no llevara tanto por si me aburría acá y me devolvía, pero yo sabía que allá no volvía por nada. Llegué acá a Palmira y al tiempito me mandaron la máquina Singer de allá y me puse a coser y a bordar en la casa de Maruja y con eso me mantenía y ayudaba porque ella ahí ya se había casado y estaba embarazada de su primer hijo. Ya al tiempito fue que conocí a su abuelo y me traje a mi mamá, a mi hermano, y a algunas sobrinas, quienes querían seguir viviendo en Bello y la cosa estaba buena aquí (Margarita Valencia, 2019).

Fue así como mi abuela dejó Antioquia, su familia y la fábrica atrás, para buscar un nuevo rumbo en el Valle, donde esperaba dar inicio a una nueva etapa de su vida, una etapa que tal vez no sería transitoria como las que había vivido anteriormente sino que sería permanente y en la que desempeñaría su rol como mujer, madre, esposa, pero además como costurera, bordadora y tejedora, pero ya no con la preocupación de conseguir el sustento diario para su familia, sino que lo haría por gusto y placer, continuando así con la búsqueda de esa feminidad tan anhelada y la construcción de su identidad.

Hacerse mujer desde la costura:

Me emocionaba la idea de que fuera sábado, un fin de semana más en la casa de mi abuela, en la casa donde crecí. Siento como si me hubiera faltado tiempo para tomar café con pan Royal, como si me hubiera tardado en pedirle que desempolváramos cajones juntas para ver antiguas fotografías y sus viejos libros de bordado que tanto cuida al abrir, como si me hubiera tardado en pedirle que me enseñara a usar su vieja máquina de coser. Lo que si es cierto es que me demoré en comprender que durante todo su relato (uno que escuché durante tantas veces), mi abuela narra la constante búsqueda de su identidad a través de la costura y el bordado, a través del quehacer textil, donde el hogar y su relación con el espacio doméstico juegan un papel protagónico en la construcción de su feminidad.

En esta fase, en la de su quehacer, en la de su cotidianidad, me volví a encontrar con otra narración cercana, con un relato que ante mis ojos y mis oídos era familiar ya que había estado presente durante toda mi vida. A medida que el relato avanzaba, empecé a cuestionar la manera tan diferente en la que ella me había criado con relación a la crianza que tuve por parte de mi mamá. Mi abuela había impactado en mí de muchas maneras y a ella le debía muchos pensamientos y comportamientos que ya están naturalizados y que con el pasar del tiempo apenas había podido comprender.

Fue justo en el momento que dimensioné lo que mi abuela hace y a lo que se ha dedicado durante toda su vida en aquella casa, lo que había hecho de esta y la relación que ha construido con cada uno de los espacios en los que habita a diario. La casa del recogimiento, así le empecé a llamar porque sentí que rebobinaba constantemente una cinta para observar detalles que había dejado de lado durante mucho tiempo. Ahora puedo reconocer la intensidad de sus movimientos cuando se para a la cocina y llena la olla con café, cuando el sonido de la máquina inunda cada uno de los espacios de la casa durante horas, como si sus pies no se cansaran de presionar los pedales con un ritmo constante. Estas dinámicas se han convertido en un hábito para mi abuela – desde que formó su propio hogar, desde la crianza de sus hijos y desde su papel de mujer dentro de la casa–, que actualmente reflejan la imagen de una vieja costurera que dejó de moverse al mismo ritmo de hace varios años, que siente la tullidez de su vida y de sus piernas, que siente un bulto de quietud que se ha acumulado como joroba en su espalda y que necesita estar cortando hilos, haciendo ojales y remiendos. Son estos algunos de los hábitos, que, a pesar de ser hábitos, le han permitido sentirse una mujer diferente, pero al mismo tiempo son los que han posibilitado que siga siendo esa mujer que me mira a los ojos y me dice “estoy cansada de no estar cansada”.

Como mujer uno nunca para, la casa funciona es con uno en ella, sino todo deja de funcionar. Aquí crié a mis hijos sola porque su abuelo nunca estaba, porque mantenía en el almacén todo el día. Yo me encargaba de los tres niños, de las tareas de ellos, de la cocina, del aseo de la casa y de todo lo que se necesitara comprar en el mercado. Su abuelo me dejaba plata a veces y yo la administraba y

la hacía rendir lo más que pudiera, porque en ese tiempo éramos muy pobres, pero eso hace uno de mujer, hacer todo lo que hay que hacer con lo que hay, y siempre ayudándole a economizar al marido y teniéndole la casa y los hijos bien (Margarita Valencia, 2019).

Como lo plantea Federici (2013), la construcción del sujeto femenino es resultado de un proceso histórico, social y cultural asociado con la domesticación, el cual ha generado un modelo ideal de ser mujer que determina formas de existir en el mundo y que conlleva una serie de cargas, obligaciones y sacrificios que no todas las mujeres asumimos como propios. En ese momento empecé a recordar la manera en la que mi abuela me hablaba cuando era yo aún muy pequeña, de cómo ser una buena mujer en un futuro, cuando me casara, tuviera mis propios hijos y mi propia casa, y cómo constantemente le solía reprochar a mi mamá, el hecho de mantenernos alejadas a mi hermana y a mí de labores y oficios que ella consideraba eran importantes en nuestra formación como mujeres.

En medio de su relato fuerte y convincente, pude descifrar un tipo de inconformidad en sus palabras, como si estuviera muy segura de lo que decía pero a la vez le generaba desacuerdo y molestia. Como si ese femenino que le habían inculcado y había construido a través de los años, la hiciera sentir conforme con el papel que había estado desempeñando como mujer, pero como si al mismo tiempo le causara un tipo de ahogo, como un vestido que aprieta y causa incomodidad, pero que se debe usar por la ocasión. Me contó que recién se había casado con mi abuelo y estaban empezando a formar su hogar, ella planteó la idea de que los dos ayudaran económicamente en la casa, ya que quería ofrecer sus servicios como modista pero él nunca se lo permitió. Mi abuela se había sumergido en su discurso y había actuado durante toda su vida al pie de la letra, siguiendo cada paso de cómo ser una buena y verdadera mujer, lo cual abarca el ser una buena esposa, una buena madre y una buena administradora del hogar.

En ese sentido, el quehacer textil había cumplido un papel fundamental en la vida de mi abuela, se había encargado de liberarla de un tipo de “cautiverio doméstico”, al que su crianza y la misma sociedad de aquella época la habían sometido por ser mujer. Como lo manifiesta Rozsika Parker (1984), el hacer textil está constituido por una profunda contradicción. Sí, en él se guardan muchas formas de opresión, pero este también es una herramienta de resistencia que ha sido utilizada a través del tiempo principalmente por las mujeres. Así pues, el ideal de lo femenino, anclado a una norma de género en particular, se fractura y ello permite hacer visible una mirada múltiple de los sujetos femeninos, de los haceres textiles y de los espacios domésticos que ambos habitan, al igual que las diferentes formas de “hacerse mujer desde la costura” (Pérez-Bustos; Chocontá-Piraquive; Rincón-Rincón & Sánchez-Aldana, 2019).

Estos testimonios de la intimidad de mi abuela aparecen siempre tejidos unos con otros: su cotidianidad sumergida en la domesticidad y el quehacer textil en el cual se desempeñó sin que le representara remuneración económica. Así, identificarse con ciertas feminidades es un

proceso que nunca llega a acabarse, es un performance cotidiano constante (Butler, 2001) que puede reproducir, como ya lo dije anteriormente, tanto en un deber ser de lo femenino, como un acto subversivo frente al mismo (Parker, 1984). Esta concepción del quehacer textil puede reflejarse en resistencias, procesos colectivos de sanación o arquetipos femeninos maternos que se reproducen de acuerdo al contexto y la experiencia (Groenevlet, 2010).

A pesar del tiempo y de los años, mi abuela ha conservado recuerdos que se han materializado en sus primeras creaciones cuando aún vivía en Bello, al igual que en piezas textiles que recibió hace mucho tiempo por parte de sus amigas y una que otra de su madre, las cuales son sus favoritas y guardan un valor sentimental que parece ser bastante alto según la manera como lo expresa. Durante este tiempo, no solo tuve la oportunidad junto a ella de desempolvar cajones con fotografías, sino que también tuve la oportunidad de desempolvar cajas que han permanecido durante años selladas y guardadas en el closet de su cuarto de costura. Me indicó en qué parte del closet estaban sin que le fallara la memoria, aun sabiendo que hace más de 20 años (según ella), no las abría. Me mostró un cubre lecho bordado por su mamá cuando ella aún era adolescente que se había traído tiempo después de casarse, cuando estaba acomodando y equipando la primera casa en la que vivió con mi abuelo. Entre el amarillo que refleja los años en la tela y el polvo que la cubría, mi abuela lo acariciaba y contemplaba con admiración: “Esto es tan hermoso, en ese tiempo yo pensaba que nunca iba a ser capaz de hacer uno de estos, pero a todos mis nietos les hice muchos cubre lechos en crochet y colchas de retazos”. La admiración y amor que siente mi abuela hacia esa colcha se ve representada en su figura materna que se idealiza y reproduce desde que ella es una niña. Aunque su madre no fue la que precisamente la acercó a la costura y el bordado, mi abuela la recuerda sentada en la sala de su casa en Bello bordando carpetas y cubre lechos en su tiempo libre, después de acabar los oficios domésticos en el hogar, lo cual supone aprender los conocimientos incorporados desde la repetición que ese hacer textil supone (Pajaczkowska, 2016).

En medio de su relato, cuando desempolvábamos estas viejas piezas textiles, mi abuela repitió e intentó dejar claro que para ella “iniciar fue difícil”. Con esta frase mi abuela se refiere no sólo a la dificultad misma de aprender por primera vez a tejer y a hacer piezas textiles que tenían un alto grado de dificultad, sino también a la dificultad de aprender las responsabilidades de mujer adulta que debió asumir desde temprana edad (Arango Gaviria, 1992). Así, ese “iniciar fue difícil” habla de la resistencia que ella ejerce en su infancia, cuando solo quería jugar a ser mujer desde el tejido (Pérez- Bustos & Chocontá priraquive, 2018), y cómo esto al pasar de los años se transforma al llegar a generarle placer y felicidad, así como también este gesto textil llega a encontrarse en concordancia con la feminidad que ella admira y con la cual ha llegado a vivir durante todo este tiempo

Esa resistencia que se fortalece y que con el tiempo se transforma, redimensiona y permite asumir lo femenino desde otros modos, se asume distinto cuando se llega a ser mujer desde

el tejido de una manera colectiva. En el caso de mi abuela, una mujer que como ya he mencionado anteriormente, aprendió a tejer por obligación y no de manera recreativa y colectiva en sus inicios, puede ver en la actualidad y desde hace ya varios años atrás, como teje una feminidad colectiva basada en el aprendizaje, la compañía y el fortalecimiento de los lazos afectivos femeninos (Pérez- Bustos & Chocontá priraquive, 2018) dentro de un espacio que ha estado conformado por mucho tiempo por ella y sus amigas de infancia, un espacio que yo nombré “costurero” en el cual, durante mi investigación tuve la oportunidad de habitar. Aunque no soy muy hábil con lo textil, este espacio fue esencial para conectarme con el quehacer de mi abuela; un espacio en donde siempre tejimos en colectivo y conversamos alrededor del mismo, escuchando las viejas historias que ellas tenían para contarme, sus anécdotas juntas y su vida cotidiana cuando vivían en Antioquia y en la actualidad.

Para mi abuela, esa presencia de sus amigas en su espacio cotidiano sosteniendo el quehacer textil recreativo, al que ahora se dedica, se convierte para ella en una fuerza que actualmente la acompaña cuando teje en momentos de soledad – que ocurren la mayoría del tiempo–, donde el tejido ha cumplido una función de sanación y de tranquilidad en momentos que lo ha necesitado. De allí que afirme “lo que yo soy con la costura y el tejido no lo soy con otra cosa”. Mi abuela expresa que aún en momentos de soledad, el tejer la ha reconfortado y ha logrado transportarla a esos momentos de colectividad que suele vivir con sus amigas en constantes ocasiones donde han podido realizar varias piezas textiles, que en su proceso se realizan de manera individual para al final ser unidas, como colchas de retazos, manteles con recortes en crochet o las famosas toallas bordadas en cinta de mi abuela. Todos estos quehaceres que desempeñan juntas, están centrados en la construcción de redes de efecto femenino genealógico y de sororidad (Lagarde y de los Ríos, 2006). Unas redes que se manifiestan cada vez que toma la aguja y el hilo. Así pues, para mi abuela, hacerse mujer desde el tejido ha implicado también, hacerse con otras, con sus amigas, con las de siempre, pues como lo afirma Pajackwoska (2016), el tejer siempre es un acto plural, incluso cuando se hace en solitario.

Esa feminidad colectiva, encarnada en estas piezas textiles, pasan por la manera misma en las que han sido confeccionadas. Las piezas por la que se compone fueron hechas por mujeres distintas y es por esto que “siempre sobran las puntadas”, ello no significa un desperfecto para mi abuela, sino una invitación a seguir añadiendo las piezas de sus amigas, en tanto allí “cabemos todas”; una invitación a incorporar y celebrar su unidad. Esta misma unidad refleja diferentes formas de hacerse y devenir mujer que no corresponden a la imagen hegemónica de feminidad individualizada y sumisa, que históricamente se ha asociado con los oficios textiles, sino que permite cobijar y visibilizar a otras mujeres que se hacen desde lo textil.

Feminidad, dedicación, sacrificio, debilidad y necesidad de protección, son algunos de los nombres que han encubierto la subordinación histórica de las mujeres (Basaglia, 1987), y que

han tenido de forma decisiva a la construcción del sujeto femenino, de ese modo ideal en el que se ha pretendido encerrar a todas las mujeres. Encerrándolas a su vez en el mundo privado, domesticándolas y de alguna manera manteniéndolas cautivas. Ese cautiverio (Lagarde y de los Ríos, 2006) se concentra en las relaciones específicas de las mujeres con el poder y se caracteriza por la opresión y por la privación de la libertad, de la autonomía y de la independencia para vivir y decidir sobre sí mismas.

“Yo a veces me aburro mucho aquí en la casa haciendo las mismas cosas todos los días, disfruto mucho esos momentos en los que puedo estar cosiendo en el cuarto de atrás, distraerme y meterme en mi propio mundo”, me lo dice mientras acaricia una colcha de retazos hecha por ella y sus amigas mientras manifiesta la dedicación con la que la hizo. La imponente colcha de retazos suele estar exhibida en alguna de las camas de las habitaciones de su casa. Es una colcha que transmite los aprendizajes personales y colectivos, de transformaciones, de búsquedas, pero también de cautiverios. Al igual que esta colcha, surge del hacer con otras manos, como gesto textil colectivo, sigue en la misma línea con la definición tradicional de dicho oficio como femenino, doméstico, pulcro y delicado (Pérez-Bustos & Márquez- Gutiérrez, 2015).

De esta forma, mi abuela no solo se vale del quehacer textil como práctica terapéutica (Carocci, 2010), sino que, a través de este, puede acercarse a sus amigas, reconocer sus espacios y realidades. Así, la enseñanza del bordado la lleva a sentirse parte de la otra, a hacerse otra liberándose de sí misma. Hacerse otra a través de la enseñanza/ aprendizaje, como gesto textil colectivo, implica un conocimiento y un reconocimiento de la alteridad a partir de la diferencia. Esta tiene lugar en la aceptación y en la visualización de las limitaciones y fortalezas de la persona a quien se enseña o con la que se comparten estos espacios. Ese reconocimiento del otro puede implicar sacrificios que van más allá de la propensión naturalizada que nos ha sido conferida a las mujeres como tarea resignada y sumisa, es decir, sacrificios que expresan un modo de ser femenino que de alguna manera expresan libertad y autonomía.

Durante todo este proceso, pude entender que la enseñanza del quehacer textil genera relaciones y permite intercambios que se traducen en formas particulares de cuidado. Entendí que el quehacer textil posibilita el cuidado, es una forma de cuidado y autocuidado, y como tal implica cierto tipo de cargas. Las cargas femeninas asociadas al cuidado de otros, son fruto de un proceso histórico que conforman a las mujeres como madres y esposas, estableciendo estas categorías de forma hegemónica como sistemas de organización de los modos de vida femeninos (Lagarde y de los Ríos, 2001).

De este modo pareciera entonces, que las mujeres son sujetos pasivos, que asumen esos roles con resignación, de forma casi autónoma. Sin embargo, dicha construcción histórica y social desconoce el poder de decisión y agencia de las mujeres cuando cuidan, desconoce que en el

cuidar, nos acomodamos a la hegemonía y encontramos en ella, formas útiles a nuestras propias necesidades (Bianchi, 1992). Tal como ocurre en el caso de mi abuela, quien a pesar de cuidar del hogar durante toda su vida y entregarse al quehacer textil, al punto de hacerse otra, ese quehacer la hace libre, de alguna manera la ha empoderado y le ha dado fortaleza. Sin embargo, los sacrificios, la entrega, el esmero que muchas mujeres ponen en el cuidado, no siempre son valorados o reconocidos, produciéndose entonces una invisibilidad de quien cuida (Arango Gaviria, 2011). Lo mismo ocurre con el quehacer textil, cuya desvalorización está asociada no solo con la feminización del oficio, sino que además tiene que ver con la falta de vínculo que socialmente existe hacia este hacer. Es decir, quien no realiza y vivencia el quehacer textil no sabe el valor del mismo, lo que implica, el tiempo que requiere y la sensación que produce (Pérez- Bustos 2016). En estas maneras de expresión de lo femenino a través del quehacer textil, hay quien no siente interés por este, hay quien no se siente capaz de realizarlo, hay quien lo rechaza por el hecho de ser una labor feminizada, hay quien no cuenta con alguien que sepa del quehacer, como mi abuela, dispuesta a poner su cuerpo en esa enseñanza y en crear vínculos a partir de este quehacer.

Mi abuela es una clara muestra de la diferencia femenina que se evidencia en alguno de los diversos sujetos que encarnamos las mujeres y las distintas maneras de responder a las condiciones, normas y experiencias sociales en relación al género. En el transcurso de la investigación pude reflexionar que todas como mujeres somos muy diferentes, cada una es capaz de asumir una postura, y de expresar un gesto frente a la vida. Así, abandonar el cautiverio, apropiarse de las cargas del cuidado o tomar distancia de lo femenino, son maneras de vivir como mujer, al igual que tejer y bordar en colectivo son algunas de las formas de expresión socialmente leídas como femeninas a través del quehacer textil, y que representan distintas maneras de ser y hacerse, liberando a lo femenino del cautiverio.

La mayoría de veces que hablaba con mi abuela, casi siempre tenía en las manos alguna pieza textil que acariciaba y la enorgullecía: *“Siempre he tenido tiempo para esto, el resto del tiempo no es mío, este sí lo es”*. Cada pedazo de tela esconde un sentimiento y una experiencia vivida por ella, un cubre lecho, un mantel, una cortina, todas estas tienen vida propia y al ella decirlo es como si dijera *“Soy esa tela”*. En estas piezas está representado lo que siempre quiso hacer e hizo, al igual que sus frustraciones por lo que hizo y de alguna manera no quería hacer, en ellas guarda sus posibilidades ocultas.

Un referente recurrente de la construcción subjetiva de lo femenino es la negación (Braidotti, 2000), que en este caso se materializa en el gesto de mi abuela de transmitir y esconder a su vez todo lo que es ella. Esta también es una forma de cautiverio como lo mencionaba anteriormente, está también presente en otros oficios textiles que se han descrito como feminizados, como es el caso del bordado y el remiendo (Parker, 1984; Konig, 2013). En tanto que trabajos cuidadosos, el arte de estos está en que no se note su manufactura, lo que

conlleva a que se hagan invisibles también los saberes materiales que allí emergen y los cuerpos que los encarnan.

Este quehacer textil envolvente, es realizado por cuerpos femeninos como el de mi abuela que se recogen en torno a las materialidades con las que trabajan. Incluso mi abuela llega a anunciar esta dedicación al quehacer textil como encierros necesarios y contemplativos, en los que logra proyectarse y procesar lo que le pasa, entenderse. Es un pensarse en el quehacer, un quehacer- se en el textil, involucrarse corporalmente en el trabajo de la proximidad. Una proximidad íntima en el sentido de la cercanía corporal que supone ese “quehacer lento, suave... con cuidado” en el que “una se demora lo que se demora” como me cuenta mi abuela.

Conclusiones:

Este proyecto nació cuando me propuse a entender e investigar el papel que han cumplido las labores textiles en la vida de mi abuela dentro de la búsqueda de su identidad como mujer campesina y como modista en el contexto doméstico en el que ha sido sumergida su vida a través de los años. Para ella “*la salvaron*”. Con esto pretendí comunicar percepciones y conjuntos de detalles que dieran cuenta de una experiencia ajena y ahora propia, que pudieran mezclarse y producir reflexiones sobre la actualidad de mi abuela y sobre los recursos del pasado que se transforman día a día y que parecen pasar desapercibidos pero que aún hacen parte de su cotidianidad. El quehacer textil de mi abuela ha sido una manera de entender que esta práctica ha sido invisibilizada por el mismo hecho de ser atribuido a un oficio propio de nosotras las mujeres.

Por otro lado esta vivencia estuvo constantemente atravesada por la función terapéutica que han cumplido estos quehaceres realizados de manera individual y de manera colectiva donde la relación que se ha tejido a través de los años que han desempeñado juntas se han convertido en redes de afecto y de sororidad que se han manifestado cada vez más con la constancia de tomar la aguja y el hilo juntas. Esto, partiendo de una búsqueda reflexiva por entender la construcción del sujeto femenino y su relación a través del tiempo con el ámbito doméstico.

Referencias:

Arango Gaviria, L. G. (1991). *Mujer, religión e industria: Fabricato 1923-1982*. Universidad de Antioquia/Universidad Externado de Colombia.

Arango Gaviria, L. G. (2011). Género, trabajo emocional y corporal en peluquerías y salones de belleza. *Revista la Manzana de la Discordia*, 6(1), 9-24.

Butler, J. (2001). La cuestión de la transformación social. *Mujeres y transformaciones sociales*, 7-30.

Carson, F., & Pajaczkowska, C. (Eds.). (2016). *Feminist visual culture*. Routledge.

Carocci, M. (2010). Textiles of healing: Native American AIDS quilts. *Textile*, 8(1), 68-84.

Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.

Gaviria, L. G. A., & Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Administración. (1992). *Mujeres obreras, familia y políticas empresariales: historia de Fabricato*.

Lagarde y De los Ríos, M. (2006). *Pacto entre mujeres. Sororidad*. Madrid: Coordinadora Española para el Lobby Europeo de Mujeres, 1-12.

Luna, L. G. (1985). Los movimientos de mujeres: feminismo y feminidad en Colombia (1930-1943). *Boletín americanista*, 169-190.

Parker, R., Parker, R., & Parker, R. (1984). *The subversive stitch: Embroidery and the making of the feminine* (p. 11). London: Women's Press.

Pajaczkowska, C. (2016). Making Known: The Textiles Tollbox - Psychoanalysis of Nine Types of Textile Thinking. En Jefferies, J., Wood Conroy, D. & Clark, H. (Eds.) *The Handbook of Textile Culture*, (pp. 79-94). New York: Bloomsbury Academic.

Pérez-Bustos, T., & Gutiérrez, S. M. (2015). Aprendiendo a bordar. reflexiones desde el campo sobre el oficio de bordar y de investigar. *Horizontes Antropológicos*, (44), 279-308.

Pérez-Bustos, T. (2016). El tejido como conocimiento, el conocimiento como tejido: reflexiones feministas en torno a la agencia de las materialidades. *Revista Colombiana de Sociología*, 39(2), 163-182.

Pérez-Bustos, T., & Piraquive, A. C. (2018). Bordando una etnografía: sobre cómo el bordar colectivo afecta la intimidad etnográfica. *Debate Feminista*, 56.

Rodríguez, Pablo (2004). “La familia en Colombia” en “La familia en Iberoamérica 1550-1980”. Edición del Convenio Andrés Bello, Unidad Editorial. Centro de investigaciones sobre Dinámica Social, Universidad Externado de Colombia. Bogotá. Pp. 247-288

Scott, J. (1993). La mujer trabajadora en el siglo XIX. *Historia de las mujeres*, 4, 425-461.